

# Algunas letras: sobre mujeres, imágenes y escritura durante la pandemia

Yolima Amado Sánchez\*

## Resumen.

En este ensayo la autora plantea algunos interrogantes y reflexiones acerca del lugar de la escritura y las publicaciones gráficas realizadas por mujeres, especialmente en tiempos de pandemia, vinculándolo con el aumento de las violencias exacerbadas por el confinamiento, con el interés de establecer algunos puntos de convergencia y divergencia respecto de los imaginarios y representaciones sociales de las mujeres en la actualidad, situando algunos matices concernientes a la clase social y la masificación propia de las redes sociales, de un cierto deber ser propio de las mujeres.

## Palabras clave.

Mujeres, pandemia, violencias, redes sociales, género, cyberbullying

## Abstract.

*In this essay the author raises some questions and reflections about the place of writing and graphic publications made by women, especially in times of pandemic, linking it with the increase in violence exacerbated by confinement, with the interest of establishing some points of convergence and divergence with respect to the imaginary and social representations of women today, placing some nuances concerning social class and the massification of social networks, of a certain duty to be typical of women.*

## Keywords.

*Women, pandemic, violence, social networks, gender, cyberbullying*

*¡Ya viene, mírala! ¿Quién?*

*–Esa que saca las copias.*

*–Qué mujer tan rara.*

*–Tiene los ojos de loca.*

*Diga V., don Marcelino, ¿será verdad que ella sola hace versos sin maestro?*

*–¡Qué locura!, no señora; anoche nos convencimos de que es mentira [...]*

*(Tomado de: La poetisa en un pueblo, de Carolina Coronado, 1845)*

\* Directora de la Especialización en Educación y Orientación Familiar, Fundación Universitaria Monserrate – Unimonserrate. Psicóloga, Magister en Psicoanálisis, Subjetividad y Cultura, Universidad Nacional de Colombia.

E-mail: [yamados@unal.edu.co](mailto:yamados@unal.edu.co)



**E**sta es la respuesta a una invitación a escribir, a hilar palabras en torno a la cuestión de las mujeres en tiempos de pandemia. En 1994, Marguerite Duras proclamaba: “Eso hace salvaje a la escritura. Se acerca a un salvajismo anterior a la vida. Y siempre lo reconocemos, es el de los bosques, tan antiguo como el tiempo. El del miedo a todo, distinto e inseparable de la vida misma”. En los tiempos que corren, pareciera que escribir es algo tan cotidiano, pero a la vez, tan insustancial, tan frecuente, que pareciera que el sentido mismo de la escritura ha perdido su fuerza, ese salvajismo y contundencia que ha construido las artes, las ciencias y las historias, pues las más de las veces se hace, si bien no por encargo, por necesidad, y más en estos tiempos de confinamiento, de aislamiento y pandemia mundial. Las letras van y vienen, los mensajes, los artículos científicos, los reportajes, los correos electrónicos, los trinos, escribimos tanto que poco reconocemos la fortaleza y potencia del ejercicio de la escritura.

En foros, blogs, artículos, videos y publicaciones de diversa índole se sitúa recientemente a la escritura como una actividad con la potencialidad de transformar la cotidianidad, como herramienta que coadyuva a la resiliencia, o meramente, como una alternativa de entretenimiento y ocio que, en el marco de la pandemia, puede favorecer el sostenimiento de cierto equilibrio, ese del que se ocupan los expertos en la salud mental. Curiosamente, abundan en las redes sociales y en los principales diarios de los países las recomendaciones bibliográficas para mujeres, las lecturas ligeras para pasar el rato, para adornar el confinamiento doméstico y domesticado, publicaciones que, como pululaban en la primera mitad del siglo xx, instruyen a las mujeres acerca de los oficios y las manualidades, de los consejos de belleza y las estrategias para renovar el guardarropa, reportajes infinitos sobre las bodas y los compromisos de las famosas, sobre las ventajas del hogar impecable, del consumo de adornos para la casa y para ellas mismas. Un sinfín de textos escritos, apoyados o no por los expertos o gurús de la época, por celebridades y anónimos, que enmarcan un cierto imaginario de los intereses de las mujeres, pero a la vez, reafirman el discurso hegemónico del hogar como refugio pacífico y, a las mujeres, como responsables de sostener tal pacificación.

En contrapunto, bien pronto empezó la pandemia, en la mayoría de los países se prendieron las alarmas en torno a las cuestiones de género y de los derechos de las mujeres, en principio, porque se temía el incremento de las violencias hacia las mujeres, y luego, porque los índices, casos y cifras efectivamente empezaron a incrementarse; las agencias nacionales y los organismos multilaterales monitorearon y se ocuparon de registrar los casos en aumento, las denuncias de agresiones de diversa índole hacia las mujeres y los feminicidios se convirtieron entonces en el pan de cada día en los noticieros y en los periódicos digitales, pero también, en los memes y videos para el divertimento.

Plataformas digitales de mensajería y entretenimiento, tales como: Twitter, Tik Tok y Facebook, han pasado por diversas oleadas de indignación y resistencia ante el incremento de las violencias hacia las



mujeres durante la pandemia. Se escriben millones de textos, enunciados de diversa índole al respecto y, a su vez, se «receta» la escritura casi como ejercicio terapéutico, como alternativa de resistencia, resiliencia o resignificación, o meramente como ocupación alternativa, que se sumaría a la doble o triple jornada de las mujeres, en aras de estabilizar los conflictos y disputas vinculadas a la cuestión del género, que se cuecen en las familias.

Y tal indicación proviene igualmente de diversas fuentes, por ejemplo, en *Perspectiva de género en la respuesta a la pandemia del Covid-19. Impactos diferenciados y respuestas para la vida de las mujeres, adolescentes y niñas*, un documento del Instituto Nacional de las Mujeres, la oficina federal mexicana, publicado en octubre de 2020, propone como acción y propuesta feminista el impulso de la escritura y el uso de las TICs como estrategias de afrontamiento a los embates y cambios estructurales derivados de la pandemia, así como una acción “para alcanzar la igualdad real y sustantiva de género” (Inmujeres, 2020, p. 3); una propuesta que enuncia potencialidades transformadoras, sostenidas en la escritura con tal naturalidad, que difícilmente podrían ser mesurables, pero que, además, desconocen o unifican el interés y el saber que ha de sostener la producción escrita.

Pululan los artículos y blogs que recomiendan, especialmente a las mujeres, ocuparse de la escritura para paliar los estragos subjetivos derivados de la pandemia, y con ellos, millones de textos para leer relacionados con el mismo asunto. Bien sabemos que la hegemonía cultural y moral propia del patriarcado ha escrito los rumbos del deber ser de las mujeres, así como los lugares y textos que enredan, como si de una telaraña se tratase, los modelos de «la mujer esperada», adecuada a los diferentes tiempos, contextos y territorios. A pesar de la revolución feminista, de los convenios internacionales que apuntan a la garantía de la equidad

y de los derechos para las mujeres, reconociendo sus múltiples potencialidades y la igualdad de oportunidades y de escenarios de consolidación de sus proyectos de vida respecto de las de los varones, prevalecen las representaciones masivas que sitúan a la mujer acicalada y deseable, ya no sólo en el hogar, sino también en la oficina; en estos tiempos de pandemia, incluso los algoritmos de las principales redes sociales insisten en amalgamar al imaginario social de las mujeres las labores propias de lo doméstico, las manualidades afines al tejido, la bisutería, la culinaria, la moda y las actividades *fitness*, los cosméticos y la cocina, entre otras tantas «cuestiones femeninas».

El aislamiento parece haber brindado la oportunidad perfecta para señalar, como décadas atrás se hizo con tanta insistencia, la relevancia de adornar el «hogar, dulce hogar»; mientras, de manera casi aislada o meramente mediática, proliferan las noticias concernientes a los altos índices de violencia hacia las mujeres, el incremento de los feminicidios y las múltiples formas de agresión y discriminación que redundan en la inequidad de género que pervive, más allá del esfuerzo de las mujeres, de las organizaciones estatales y no gubernamentales que luchan por la reivindicación, defensa y garantía de los derechos a las mujeres.

Una fórmula que, al mejor estilo de la banda de Moebius, pone en una continuidad casi perversa el ensalzamiento del hogar, las actividades domésticas, la familia, la maternidad y la conyugalidad, como ingredientes que se unen al caldo de cultivo del Covid-19, con el incremento de las violencias hacia las mujeres, en razón del género.

En los contextos académicos, de las mujeres profesionales de clase media y alta, pueden emerger otras voces, las de las autoras, científicas y pensadoras recientes y del siglo anterior que denuncian, revelan o sitúan en la agenda pública las



críticas sociales y políticas ante tal inequidad de género, pero su lugar y divulgación sigue siendo restringida, su incidencia en el imaginario colectivo sólo se integra al «filtro burbuja» de quienes expresamos abiertamente interés por la cuestión y, en esa misma medida, los textos escritos por mujeres que se ocupan del cuestionamiento de la realidad social, de señalar la marginación, la exclusión y las prácticas discriminatorias, los abusos sexuales y el acoso, sólo hacen parte de la oferta que los algoritmos de las redes filtran para esa misma minoría; el aislamiento intelectual derivado de las búsquedas en la red sitúa muy bien las prerrogativas e imperativos de la época.

Y en tanto minoría, en los *mass media* siguen imperando, como dijimos antes, los estereotipos que signan y dan forma a la imagen de la mujer vinculada a lo doméstico, a los límites del hogar y a la maternidad, o en contraste, cercana a las cuestiones de la moda, la pose y la hipersexualización de sus cuerpos, enquistada en la imagen no en la palabra escrita, y por tanto, atenazada en los límites del fantaseo sexual «para varones», pero, a la larga, tomando la forma definida por la época; como planteaba la escritora Florence Marie Therèse Thomas, hace poco más de una década, cuando llamaba la atención acerca de que: “Hemos sido santas, vírgenes putas, brujas y de todo, y nos hemos olvidado de ser mujeres (2010)”.

Así las cosas, la alternativa de figuración en las redes sociales por parte de las mujeres, de la mayoría de las mujeres, esas que están por fuera de mi filtro burbuja, es la de su imagen, la de sus cuerpos exhibidos en la infinita estantería de Instagram, con todos sus filtros y tendencias, esas que de manera insistente las muestran silenciosas, calladas, ausentes, «las que gustan porque callan»; ya no se trata de rostros y poses manufacturados por publicistas y fotógrafos sino por ellas mismas, y por las tendencias de la semana, unas, por lo demás, lejanas del ejercicio

intelectual o la escritura; empero, en la época de la hegemonía de lo visual y gráfico, de la estetización y ligereza del mundo que advierte Lipovetsky, las letras, las frases y las citas se integran a las imágenes y fotografías, quizá en un intento por dar respuesta a un cierto arribismo intelectual o, tal vez, porque sí hay un cierto empuje a decir más que a mostrar, a enunciar y ser sujeto propositivo más que objeto en exhibición; a la larga, no podemos afirmar una u otra cuestión, pues tal esclarecimiento demandaría la indagación directa con sus protagonistas, respecto de la intencionalidad de los textos que acompañan sus imágenes. Sin embargo, sí ha de hacernos al menos pregunta porqué en la marejada de fotos e imágenes que se publican diariamente, millones por segundo, se cuelan palabras y textos, ya no para afirmar que aquello «no es una pipa», sino para enunciar otros asuntos; la imagen aderezada por la palabra o viceversa.

Más allá de esta compleja cuestión, la representación de las mujeres en las redes sociales es coetánea de la aparente flexibilización de su sexualidad; Lipovetsky enunciaba en 2016 que una cierta ligereza respecto de las diferentes esferas humanas era la tendencia dominante en nuestra época, al menos en Occidente, y planteaba por ejemplo, que, “Muchos son los signos de aligeramiento, en particular si consideramos los casos de las mujeres y las personas homosexuales [...] las mujeres pueden tener ya una vida sexual sin que la idea de quedarse embarazadas las aterrice” (p. 283), y respecto de la escisión entre mujer santa y mujer prostituta de la cual se ocuparon muchas autoras durante el siglo anterior, propone que: “En este contexto, la expresión «mujer ligera» ha perdido su sentido tradicionalmente peyorativo. Ya no señalamos con el dedo a una mujer «ligera»: ahora sonreímos” (p. 283). Me arriesgo a proponer que tal ligereza, tal borramiento de los señalamientos quizá es más evidente en Europa, o en Francia, de donde es oriundo el escritor, pero en los contextos latinoamericanos es posible que aún



persista la condena a la «mujer ligera», en particular, a aquella que se muestra o que demuestra en sus fotos e imágenes aquello que colinda con el deseo, tanto el propio como el ajeno.

Es decir, convive la ampliación de los límites de las libertades para el erotismo femenino en razón de la «revolución sexual», del reconocimiento de los derechos sexuales y reproductivos de las mujeres y de su disfrute, con la condena social a su expresión por parte de cierto sector de la población; es decir, las modelos y mujeres cuya imagen y estatus corresponde o se hace corresponder a los estereotipos hegemónicos de belleza parecieran tener mayores libertades para «mostrar», que el grueso de la población.

En esa vía, a modo de distinción de las imágenes hegemónicas de las mujeres que se divulgan ampliamente, especialmente tras el inicio de la pandemia, quisiera llamar la atención respecto del sostenimiento de la escisión previamente mencionada; por un lado, las mujeres que hacen parte de las minorías del espectáculo y el *jetset* de nuestros países, quienes escenifican en portadas, artículos y publicaciones diversas a la mujer madre, a la mujer esposa, a la mujer sonriente entregada a las actividades domésticas, sosteniendo, por supuesto, el ideal de los buenos modos y los manuales de conducta propios del siglo anterior, en asocio con la estetización de la imagen del «ama de casa feliz» que, como espejo, sirve para reflejar las aspiraciones de «las otras», de mujeres de diversas clases sociales y edades que, como figuración es, entonces, complementaria del estereotipo del hombre viril, heterosexual, exitoso y solvente, económicamente hablando.

Y en lo que me atreveré a llamar, el otro extremo, las publicaciones de las mujeres que aspiran a una notoriedad en las redes sociales, las *influencer*, que representan las diversidades de las mujeres, pero, también de manera casi hegemónica, sostienen la

imagen de la mujer «ligera», para usar el término empleado por Lipovetsky, distanciada también del trabajo intelectual, y relegada aún a la casa, pero ahora, en el confinamiento, haciendo uso del hogar como escenario para la pose de sus cuerpos. Cuerpos que comunican incluso en el silencio, que escriben en la piel o a borde de página las trazas de mensajes dirigidos a los espectadores. Pero que, desprovistos del estatus derivado del poder económico, quedan a merced de la ridiculización y el enjuiciamiento social, con mayor frecuencia que «las profesionales». Una dicotomía que, a mi parecer, pone en escena el juego de la santa y la prostituta, de la mujer para mostrar y la que se deja en las sombras, de la madre y la mujer...

Ahora bien, volviendo a la cuestión de la palabra escrita, varias autoras, desde los años sesenta del siglo anterior y en adelante con mayor frecuencia, se ocupan de la cuestión de la escritura de las mujeres, del fenómeno de su emergencia, de rescatar entre el acervo cultural su producción y aportes, la mayoría de ellas, intelectuales, académicas, poetas y escritoras, no obstante, como mencioné previamente, tales disertaciones reducen su campo de divulgación a la burbuja, mientras que en la opinión común prevalecen y se enraízan cada vez más los mismos ideales sociales propios del ordenamiento del patriarcado. Y no es para menos, pues la escritura implica alzar la voz, o parafraseando a Foucault, tener autoridad sobre aquello que se escribe, esto es, materializar en el alfabeto algo que rompa el silenciamiento, ese paso de lo íntimo a lo público, del diálogo interno al escarnio y la posibilidad de enunciación.

Menciono el escarnio, porque escribir pone de manifiesto la lectura y valoración del otro, del lector o lectora y, en caso de no contar con el capital cultural requerido o supuesto, alude directamente a la posibilidad de la devaluación de quien escribe, a la vergüenza de no ser aprobada, ridiculizada y hasta agredida (un temor que se extiende desde los



círculos intelectuales hasta la cotidianidad de la escuela e involucra cualquier texto, pues implica la autoría y esa conjunción entre el escrito y su escribiente); un cariz muy propio de la lógica de las redes sociales, que parecen ubicar el error, el fallo de sintaxis o gramatical, el ortográfico o de coherencia para exhibirlo y atacarlo en masa.

El temor ante la hoja en blanco es ahora pánico a la burla digital colectivizada. Nunca antes habíamos estado tan expuestas a ser leídas y convertidas en material de mofa, por anónima que sea aquella persona que se atreva a escribir aunque sea un enunciado o pensamiento propio. El ojo absoluto está atento y los *trolles* a la orden del día, cazadores de motivos de burla, especialmente dirigida a las mujeres; no son pocos los artículos que se han publicado recientemente que reconocen que las principales destinatarias del *cyberbullying* son las mujeres, principalmente las mujeres jóvenes (Banco Mundial, 2019), (Inarejos, 2019), (La Vanguardia, 2019), (Ananías y Vergara, 2019).

Tal vez esto explique porqué muchas mujeres acaso se atreven a incluir en sus textos públicos citas de gigantes o frases ajenas, para librarse de los estragos del error y la agresión concomitante; es posible incluso que tal temor sea también el responsable de la escogencia de las imágenes y los filtros, de los cientos de *selfies* tratando de encontrar la pose perfecta, aquella que no sea susceptible de burla o ataque, de ridiculización masiva; pues a la larga, tanto la letra como la imagen son transversales al cuerpo, al cuerpo propio, y terminan convirtiéndose a la vez en el pergamino en el que los demás escriben, esa multitud enardecida de usuarios mediáticos que, también aislados o en cuarentena, pasan horas y horas ante el teléfono celular o el portátil calificando y descalificando, sin percartarse o conmovearse ante los posibles estragos de lo que escriben; de modo que las mujeres que leen los comentarios, burlas, agresiones, mofas

y descalificaciones quedan sumergidas, ahora sí, incluso tras la fragmentación de sus cuerpos por el ojo del calificador mediático, conquistadas y tachadas, destituidas de su lugar de sujeto comunicante.

Paula Sibilía planteaba como hipótesis que la llegada de internet, de las redes sociales y de la democratización del acceso a las diversas plataformas, apuntaba a la ampliación de un cierto espectro confesional en el que unos y otras disponían de los recursos tecnológicos para hacerse a un lugar por medio de la exposición pública de su intimidad, el festival de las «vidas privadas» que abre sus ventanas a todo aquel que quiera husmear, pero además, de la consolidación en la red misma de un inmenso laboratorio de las subjetividades, de las «nuevas formas de ser y estar en el mundo» que conjugan en el mismo escenario digital a melagómanos y asustadizos, a agresivos y pasivos, a mirones y exhibidores (Sibilía, 2008, p. 32-33); la cuestión es que las mujeres siguen siendo quienes con mayor frecuencia se ubican del lado del espectro como destinatarias de la agresión y la violencia, una que no sólo se disparó en los hogares, durante la pandemia, sino que se vive generalmente de manera silenciosa, en las diferentes formas de matoneo digital.

Vale la pena preguntarnos qué huellas, qué escrituras quedan en los cuerpos y las subjetividades de las mujeres que utilizan las redes sociales para intentar alzar su voz, para no mantenerse calladas y ausentes, borradas o invisibilizadas, incluso publicando sus fotos adornadas con frases célebres, qué se escribe en los cuerpos de las mujeres que usan filtros y aplicaciones para modificar su imagen de modo que se ajuste a los estándares socialmente aceptados de belleza femenina, qué podemos leer en ese show del yo del que se ocupa Sibilía, que se exacerbó durante los dos últimos años a raíz del confinamiento, y que a la larga parece atenazar los imperativos que recaen sobre las mujeres, sus cuerpos y sus responsabilidades y limitantes.



Incluso las imágenes, movimientos y performances que en tiempos recientes se han viralizado como mecanismo de protesta, denuncia y resistencia ante las violencias hacia las mujeres, terminan a expensas de las burlas y los señalamientos, probablemente en parte porque se ponen en escena los cuerpos y lo íntimo, como asuntos proclives hegemonícamente al ocultamiento, y no «propios» de la esfera pública, en la medida en que van en contravía o buscan romper, precisamente, los «modelos femeninos» por excelencia; un aspecto que, precisamente, ha sido reconocido como característico de la literatura las narrativas y la escritura desarrollada por las mujeres.

Y en ese horizonte, desde una perspectiva ética y sostenida en la equidad de género, vale la pena que en estos tiempos de pandemia sostengamos el esfuerzo por darle lugar a las diversas narrativas que ponen en marcha las mujeres, ya sea con imágenes o con textos, con performances o proclamas de esas que se abren paso para dejar entrever una intimidad y enunciación que clama por hacerse oír de diversas formas, incluso si no las comprendemos o si incluyen «errores», evitando unirnos a la turba anónima digital que hace uso del mazo de la justicia para condenar y silenciar a aquellas que se salen de los estándares, en contrapunto de las representaciones que se sostienen en los medios masivos de comunicación, y que continúan sosteniendo los engranajes del patriarcado. También hemos de promover ejercicios investigativos que continúen interrogando los alcances de las violencias hacia las mujeres en las plataformas digitales, pues ahí se habita actualmente, de una forma inédita, pero no por eso menos inquietante; ahondando en la cuestión de la perpetuación de imaginarios que redundan en la inequidad de las mujeres, ahora con las herramientas algorítmicas que anudan el viejo «deber ser» femenino.

Desde el siglo anterior el espectro se amplió para cuestionar la univocidad familiar, los conflictos propios del ámbito doméstico y su entronque con la esfera pública, las vicisitudes del erotismo, las maternidades y las paternidades, la sexualidad y las violencias, los feminicidios y el espectro de la perspectiva política de las mujeres; a la larga, su inserción en el orden social como sujeto con plenos derechos, y las controversias concomitantes con el proceso de transformación cultural que esto implica.

En el entretiem po, en la trastienda de lo cotidiano parece que seguimos sosteniendo abierta o sote radamente, como en 1845, que la producción de las mujeres es una locura o algo digno de encono y deshonor, mientras las violencias que sufren en el «hogar, dulce hogar» se convierten en mero dato; que muchos siguen considerando que sus escritos no son tan valiosos o intelectualmente solventes como los de los varones, o que la autoría y autoridad sobre ellos está en entredicho, mientras se les insta a escribir para «desahogarse» durante la pandemia, a riesgo de padecer violencias de diversa índole, pues, al parecer, la mejor imagen de una mujer sigue siendo aquella que la presentifica como un ama de casa sonriente o una oficinista acicalada, también sonriente; dos fantasías que están en abierta contradicción con sus cotidianidades, esas que se saturan no sólo con las violencias de género, sino con el trabajo productivo y reproductivo, con el techo de cristal y la hipersexualización, con la mirada vigilante a la «mujer ligera» y el sostenimiento de la supuesta inferioridad intelectual de las mujeres, entre otros imperativos; a la larga, mujeres sin voz, sin autonomía, sin tiempo y con escasas oportunidades, confinadas, además, como objeto del entretenimiento.



## Referencias Bibliográficas

- ANANÍAS, Cecilia y VERGARA, Karen (2019). Violencia en Internet contra feministas y otras activistas chilenas. En: *Revista Estudos Feministas*, vol. 27, núm. 3, e58797, Centro de Filosofia e Ciências Humanas e Centro de Comunicação e Expressão da Universidade Federal de Santa Catarina. Disponible en: <<https://www.redalyc.org/journal/381/38161461014/html/>>
- DURAS, Marguerite (1994). *Escribir*. Tusquets Editores, Barcelona.
- INAREJOS, María del Pilar (2019). Violencia contra la mujer en redes sociales. En: *Universitat de les Illes Balears*, Disponible en: <[https://dspace.uib.es/xmlui/bitstream/handle/11201/149448/Inarejos\\_Garcia\\_MariadelPilar.pdf?sequence=1](https://dspace.uib.es/xmlui/bitstream/handle/11201/149448/Inarejos_Garcia_MariadelPilar.pdf?sequence=1)>
- INMUJERES (2020). Perspectiva de género en la respuesta a la pandemia del Covid-19. Impactos diferenciados y respuestas para la vida de las mujeres, adolescentes y niñas. Instituto Nacional de las Mujeres. Disponible en: <[https://www.cepal.org/sites/default/files/document/files/mex\\_inmujeres\\_perspectiva\\_de\\_genero\\_en\\_la\\_respuesta\\_a\\_la\\_pandemia\\_del\\_covid-19\\_201022.pdf](https://www.cepal.org/sites/default/files/document/files/mex_inmujeres_perspectiva_de_genero_en_la_respuesta_a_la_pandemia_del_covid-19_201022.pdf)>
- JUNIOR Report (2019). Cyberbullying: acoso en las redes. *La Vanguardia*, 23 de abril de 2021. Disponible en: <<https://www.lavanguardia.com/vida/junior-report/20190517/462274784269/ciberbullying-acoso-en-internet.html>>
- LIPOVETSKY, Gilles (2016). De la ligereza. Editorial Anagrama, Barcelona.
- OEA (2019). Combatir la violencia en línea contra las mujeres: Un llamado a la protección. Disponible en: <<https://www.oas.org/es/sms/cicte/docs/20191125-ESP-White-Paper-7-VIOLENCE-AGAINST-WOMEN.pdf>>
- SIBILIA, Paula (2008). La intimidad como espectáculo Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires.
- THOMAS, Florence (2010). Periódico El espectador., Colombia. Disponible en <<https://www.elespectador.com/entretenimiento/gente/ser-mujer-no-es-ser-mama-florence-thomas-article-236287/>>

